

LIBROS

Sobre la historia de la filosofía

La historia de la filosofía es probablemente la única posibilidad académica de filosofar. Si se quiere que la filosofía sea de algún modo un saber transmisible —y no puramente la experiencia discursiva de una subjetividad que intenta situarse en la cultura y la historia, irreductible a normas generales, e inenseñable, por tanto—, hay que ceñirse a la narración del camino seguido por la palabra hacia la liberación que es plenitud se puede contar al otro y silencio. Lo único que es de dónde nos viene la frágil riqueza que tenemos, no el modo de aumentarla o de invertirla juiciosamente. El problema es lograr una historia de la filosofía que sea auténtico logro especulativo y no simple pedagogía.

Siempre se narra desde un punto de vista: quien cuenta algo, ante todo se cuenta a sí mismo, define una perspectiva. En historia de la filosofía esto se acusa primordialmente, sobre todo en los textos escritos desde la superstición de la objetividad. La mirada retrospectiva guarda siempre memoria de su origen y hace confluír las líneas a través del tiempo hasta prefigurar una postura: la del narrador. Quizá un auténtico filósofo se defina por su capacidad de impulsar una lectura válida del resto de la filosofía. Naturalmente, no todas las posturas filosóficas se revelan igualmente eficaces a la hora de releer el discurso de los Grandes Antiguos; algunas nos dan una versión tan trivial del pen-

samiento, que se descalifican de inmediato a sí mismas —y esto, no por inexactas históricamente, sino porque no nos interesa que el pensamiento sea trivial. Hegel hace de toda la historia de la filosofía una grandiosa excursión del espíritu hacia la Alemania decimonónica; Bertrand Russell la considera un conjunto de anécdotas que entretienen la espera del mundo hasta la llegada del método científico; Julián Marías la ve como una serie de excesos contrapuestos que hallan su síntesis final en el racionismo de Ortega... Nada puede ser más diferente que estas tres obras que hablan de lo mismo: por ejemplo, parece que sólo Hegel ha sentido la necesidad de que hubiera pensamiento, lo que transforma completamente el sentido de su discurso respecto al de los otros dos.

Para paliar la unilateralidad de las concepciones se inventó la historia de la filosofía escrita por varios, empresa que podemos calificar de útil disparate. Disparate lo es, sin duda, porque la interpretación filosófica de cada autor exige la de toda la historia de la filosofía, con lo que cada exposición parcial queda preñada de inexpresas remisiones a antecedentes y consecuentes no formulados, pero es útil porque permite que cada cual hable del punto que le duele en filosofía, evitando que ciertos autores sean tratados como simple tránsito hacia lo que el único autor considera «punto alto». Naturalmente, hay que excluir del rango de historias de la filosofía escritas por varios autores aquellas cuyos autores piensan todos lo mismo, por imposibilidad política de pensar cosa alguna, como ocurre con la de la Academia de Ciencias de Moscú, que tuvo la humorada de editar Grijalbo, cuyos dos primeros tomos despatchan toda la filosofía hasta Marx y Engels —ya el

primero llega, si no recuerdo mal, hasta Hegel—, mientras que los cinco restantes se atarean en recensionar los fascinantes avatares del materialismo dialéctico en los últimos ochenta años, contando al sumiso lector las sorprendentes teorías sobre el devenir de la materia de inmerecidamente ignotos personajes de Novosibirsk o del Beluchistán Oriental. Más ventura tienen en este campo la colecticia historia que editó la «Pléiade», y que entre nosotros está dando a la imprenta Siglo XXI, o aún más la espléndida que dirige François Châtelet, orientada según un sugestivo compromiso crítico y antiacademista, en la que colaboran los mejores especialistas franceses en cada disciplina (parece que esta última también va a ser pronto traducida al castellano). En general, estas obras colectivas marcan la línea más probable de trabajo actual, y empresas como la de Abagnano, tan estimable, o Bréhier, parecen irremediablemente «pasadas», pese a que, repito, no faltan las objeciones teóricas de peso contra la creación colegiada en este campo.

Destaca así como *intempestiva*, en el sentido nietzscheano de la palabra, la «Historia de la filosofía», en dos tomos, que ha escrito Felipe Martínez Marzoa y edita la Editorial Istmo en su interesante Colección Fundamentos (1). El autor se anima a emprender en solitario la arriesgada tarea de contar la filosofía, y lo hace además desde un punto de vista perfectamente determinado, ya no muy en boga: el pensamiento de Martín Heidegger. Su libro descarta desde el primer momento el ser una obra sencilla «útil» o «informativa»; la tarea que se pretende en él es fundamentalmente especulativa: se trata de repensar

(1) «Historia de la filosofía» (tomos 1 y 2), de F. Martínez Marzoa, Editorial Istmo, Colección Fundamentos.

el discurso general del pensamiento. Las referencias históricas, políticas o económicas son prácticamente inexistentes, lo que en una época de sociologismo exagerado como ésta pasará por muestra de imperdonable idealismo; sobre este punto, mi opinión personal es que, efectivamente, los acontecimientos políticos y sociales de la época determinan la quiebra del interés por los planteamientos «naturales» de la Grecia arcaica y el consecuente florecimiento de la sofística o la validez de la empresa sistemática de Hegel: pero no es menos cierto que el discurso especulativo tiene su propia articulación interna, su propio argumento, que puede ser narrado sin constantes alusiones a las causas externas que lo condicionaron. En ocasiones, la acumulación de peripecias históricas y de datos sobre la situación política del ámbito en que vivieron los filósofos terminan por ser lo único que parece merecer recordarse de un discurso que, con razón o sin ella, aspiró a la autonomía. Siguiendo la técnica heideggeriana, Martínez Marzoa comienza elucidando la etimología de las palabras fundamentales —*ón*, *logos*, *nous*, etcétera—, que nacieron en la Grecia arcaica y de las cuales la filosofía posterior, hasta nuestros días, no será más que un conflictivo comentario; no es aquí lugar de discutir la siempre discutible validez de las etimologías heideggerianas, sino de afirmar el interés de esta tarea clarificadora que sitúa la cuestión filosófica en su terreno propio e irremediable: el lenguaje. El punto de vista heideggeriano se revela como interesante, como capaz de dar y darse cuenta del pensamiento occidental; no es el único, por supuesto, ni —me apresuro a decirlo— el que a este cronista le parece más sugestivo: pero es auténtico pensamiento, no simple cientifismo o so-

ciologismo en funciones. Se le puede reprochar a Heidegger ser heredero de una tradición esencialmente afirmativa, de escaso talento crítico; no por ello deja de ser el más válido intento especulativo habido en el primer tercio del siglo XX.

Felipe Martínez Marzoa, de quien es lícito recordar una excelente traducción y prólogo de «La religión dentro de los límites de la simple razón», de Kant (Alianza Editorial), ha realizado un estimulante trabajo creador de una profundidad y audacia infrecuentes en España. Recomiendo su «Historia de la filosofía» a quienes, más allá de las distintas orientaciones filosóficas y de las limitaciones necesarias en el logro de un empeño de este porte, sepan apreciar el hondo aliento de un pensamiento que inquiriere por su origen. ■ FERNANDO SÁVATER.

Un libro sobre Valle-Inclán

Se han publicado últimamente varios estudios importantes sobre Valle en la línea de renovación crítica iniciada alrededor del centenario. Los trabajos de Greenfiel y Hormigón, la excelente antología preparada por José Esteban, el largo artículo de González Seara sobre el teatro rural, las desorbitadas opiniones en torno a la polémica surgida con motivo de la publicación de «La cara de Dios» y su remate por cuenta de Zamora Vicente, figuran entre ellos. Los estudios valle-inclánicos estuvieron siempre sujetos a un grave riesgo, por lo menos: el de perderse en la vasta problemática que una personalidad como la de Valle suscita. Un viejo problema que conviene mantener a la vista a la hora de criticarlos, junto con la proverbial dificultad de su obra desde un punto de vista conceptual.

Nos fijaremos hoy, con bastante retraso, en el interesante y extenso trabajo de Juan Antonio Hormigón, «Ramón del Valle-Inclán: la Política, la Cultura, el Realismo y el Pueblo» —Comunicación, Serie B, 1972—, obra ambiciosa, como indica ya su título misceláneo y, en cierto modo, tributaria del riesgo anunciado. Hormigón ha hecho, en nuestra opinión, un esfuerzo importante —son más de 400 páginas apretadas— que contribuye a la valorización de Valle y supone un toque de atención sobre la necesidad de revisar los fondos documentales en que se viene apoyando la crítica desde hace tiempo. La obra de Valle es extensa y compleja, y requiere pulsar muy variados registros, aunque tal vez no sea la erudición —y menos la erudición de hemeroteca, que tanto se lleva— el mejor camino a seguir. En cualquier caso, como sin duda ha tenido presente Hormigón, su entendimiento exige integrar perspectivas



tan diversas como el horizonte histórico, la ideología, el análisis sociológico estricto y, en última instancia, el irrenunciable enfoque subjetivo.

A todas ellas atiende la diligencia del autor con resultados ciertamente variables, como cabe esperar de un planteamiento tal vez demasiado ambicioso. Así, una primera parte dedicada a la evolución dramática de Valle aporta conclusiones de